

Guy Trobas

DEL ADIESTRAMIENTO DE LA PULSIÓN EN EL SIGLO XXI\*

Tratar la cuestión de la “relación sexual en el siglo XXI” —para retomar el título de nuestras próximas jornadas—, supone evidentemente arriesgarse a una anticipación importante, en la medida que nos encontramos al alba de este siglo. Además, no es impertinente decir que el tren del progreso, que ha pasado de “rápido” a “TGV” (tren de alta velocidad) entre principios del siglo pasado y finales, no aminora de ningún modo su aceleración y proporciona a los reajustes de nuestra civilización, cada vez más densos y diversificados, una temporalidad también acelerada. En otros términos, anticipar se convierte en la marca de una pretensión cada vez más confirmada, hasta tal punto que algunos economistas empiezan a darse cuenta de ello, incluso a corto plazo —¡que ya es decir!

No obstante, nos vamos a prestar a este juego de forma breve a partir de dos signos, de estatus diferente —un hecho clínico y un programa— de los cuales planteamos que se integran en una constelación que da prueba de una evolución animada por una misma lógica.

El hecho clínico que me ha llevado a considerar la función del chupete, sobre el cual efectivamente me había detenido, en una contribución a *La petite Giraphe*,<sup>1</sup> es el siguiente: una analizante que acaba de dar a luz y que desea retomar sus sesiones, no tiene otra posibilidad que acudir con su recién nacido de cuatro semanas. Le pido que se siente. Lleva a su bebé contra el pecho, que se

---

\* Texto original publicado en la *Lettre Mensuelle* n° 270, julio-agosto de 2008. Número especial XXXVII Jornadas de la ECF Traducido y publicado aquí con la amable autorización de su autor.

sostiene con una tela enrollada de forma elegante alrededor del busto. Con su mano —mientras su bebé está despierto pero tranquilo— no deja de intentar meterle en la boca el objeto manufacturado en cuestión que se cae, ya sea por el “reflejo de rechazo de la lengua”, que se produce hasta más o menos los tres meses con respecto a los sólidos, ya sea por el hecho del propio reflejo de succión cuando no se produce un movimiento de contracción (del pecho o de la tetina del biberón), ya sea simplemente a causa de la relajación de una oralidad satisfecha.

Esta presión, hay que decirlo, es frecuente incluso en público, como se puede constatar si se presta atención. Me ha llamado la atención lo siguiente: este objeto, lejos de estar relegado —para ser breve— a un uso puntual de “calman-te” para el niño y de confort para el adulto molesto por su expresividad sonora, se convierte en el objeto preferente de una educación de la pulsión oral y de su satisfacción.

Vayamos a lo esencial: lo que está en juego, es una forma de subversión del “complejo de destete”. Recordemos que en éste, es el deseo del Otro que anima y encarna la ley y que, al prohibir, supone a la vez un límite y una supuesta posibilidad (transgresión) del goce cuyo imposible es así velado. Por esto, el sujeto entra en una dialéctica de la frustración de la demanda, en su fondo siempre incestuoso, en particular las escansiones de lo reprimido, articularán los desplazamientos del objeto a dicho deseo, por lo tanto al Otro. Dicho de otro modo, la sexualidad, que aquí es oral, ve este “cualquier objeto” articulado potencialmente al Otro, incluso en el autoerotismo tal como Freud lo había señalado con referencia tanto a la masturbación infantil como a la del adulto. Lo que queda del “goce que no debe ser”, es este “efecto de pérdida” que Lacan llama el plus de goce.

En el adiestramiento que pone de relieve la presentación insistente del chupete, —cabe destacarlo: hasta hacer función de obstáculo a la demanda que articula el objeto al amor—, un señuelo se impone al sujeto (no es el objeto transitorio winnicotiano), que, mediante un “reforzamiento de la zona erógena oral”, según la expresión de Freud, obtiene la conexión de la pulsión sobre el objeto manufacturado. En este condicionamiento, el deseo del otro, que se somete a la ideología de la no frustración, se convierte en el mediador de una ley sin fallo (“de hierro” o “implacable”, dice precisamente Lacan), la del mercado,

y de paso se elide detrás de lo que encarna dicha ley: el objeto. Aquí, y contrariamente a lo que podría aparecer en una primera aproximación como una lógica de satisfacción del sujeto, lo que está estructurado con más o menos intensidad es un tipo de falta digamos “adictiva” (tal como Freud lo había perfectamente percibido) ya reconocido en las toxicomanías. Es esto lo que corresponde a esta noción de “falta de goce” que Lacan introduce en *Radiofonía*, y de la cual el efecto es el reverso de la pérdida, de ahí su expresión de “plus de goce de pacotilla”.

De paso constatemos que este intento de escamoteo de la dialéctica de la frustración no hace más que reforzar su vertiente angustiante. En efecto, por un lado, escapa al poder pacificador de la palabra del Otro que, al prohibir, pone límite a la infinitización del posible goce supuesto; y, por otra parte, para mantener el registro del tener en el campo “de las pertenencias narcisistas” (aquello que el mercado explota sin vergüenza), es decir tanto en el del imaginario fálico, el no tener repercute en el campo del ser. El resultado clínico se presenta ante nuestros ojos, incluso en la calle, cuando tal o cual niño presenta su falta torturante de tal o cual objeto bajo las especies de una crisis clástica que sugiere lo peor de los desasosiegos del ser y desespera al adulto.

Este adiestramiento de la pulsión oral, del cual podemos encontrar equivalentes en el campo escópico, pone de relieve de manera paradigmática una orientación sexual en la cual el objeto condensa de alguna manera un debilitamiento de lo que sostiene el sujeto en su encuentro con la alteridad del Otro —para que nos entendamos: del Otro real en el sentido que es este estatuto que le da la opacidad de su deseo—, en provecho de un goce del Uno, evidentemente más fundamentalmente auto erótico.

En cuanto a lo que he presentado como programa, proyectémonos en el porvenir franqueando lo que la actualidad ya ofrece de perfeccionamiento en los sex toys (aquí se entiende el término de juego perfectamente calculado en una lógica de mercado y de su subversión de la vieja ley del padre). Estos perfeccionamientos son poca cosa al lado de lo que Catherine Vincent nos relata en el artículo *le Monde* con fecha de 23-24 marzo 2008, titulado “Hacer el amor en 2050”, y que presenta en la forma de un “puede-ser” que oculta en realidad una orientación de “investigaciones aplicadas” que se encuentra totalmente en marcha, especialmente en Japón.

En este artículo, entre las perspectivas de “progreso” aludidas, se le otorga un gran lugar a lo que relegará al rango de salto cualitativo muy modesto entre las *love dolls* hinchables y las de aluminio/silicona a la vez articuladas y más o menos sonorizadas, a saber el paso de la pareja robot, de tipo androide que ni que decir tiene.

¿Por qué se trata de un paso decisivo? No consiste en las mejoras tecnológicas del “material”, incuestionable a fin de cuentas para lo que se refiere a una verosimilitud todavía más próxima de la realidad, y susceptible de un poder de reclamo multifuncional para la captación de varias pulsiones. No obstante, tal complejidad no debe hacer ilusión por el hecho de que se encuentra en la misma línea del chupete y que se trata efectivamente de reducir el trayecto a su versión más corta, la deriva de la pulsión, es decir de suprimir toda sublimación.

No, el paso decisivo que nos elaboran minuciosamente los especialistas de la IA (la justamente llamada, pero sin humor, “inteligencia artificial”, muy amiga de las neurociencias), es lo que el autor del artículo, que ha ahondado en las fuentes correctas,<sup>2</sup> presenta con el delicado eufemismo de “suplemento del alma”. ¿De qué se trata? Capacidad de iniciativa, de emoción, de sentimientos, y hasta de análisis de los humores del amo o de sus deseos de manera a encontrar una respuesta (al fin y al cabo de forma que no hará programar demasiado), se nos dice, entre otras cosas que se resume de hecho en una sola: el amor. En resumen, lo que ha funcionado con innumerables niños, a saber este chisme rudimentario llamado *tamagotchi* (pero muy bien estudiado en su vertiente de pulsión oral y anal), por qué no puede funcionar con los adultos, en virtud del profundo aforismo freudiano, ahora adoptado de forma cínica, que el niño es el padre del hombre.

Aquí está el paso decisivo para el adiestramiento de la pulsión: hacer que el objeto sea también un semblante de Otro deseante (aunque no será más que un puro montaje simbólico la fábrica hidroeléctrica entrañable para Lacan), un semblante tan imaginarizado como pueda ser la imagen especular que cubre las líneas de fractura de lo simbólico sobre el cuerpo. En otros términos, la pieza clave es efectivamente captar también esta dialéctica de la demanda, pero para hacer de ella un uso inverso del que defiende nuestra ética psicoanalítica, desde luego en la cura —tal como insiste Lacan en el seminario XI—, pero también como principio de humanización pacificante, a saber “llevar la demanda a la pulsión”.

De hecho, el uso del robot, digamos “tomado” de la dialéctica amorosa, sólo puede ser concebido por nosotros como precisamente la *apo*, la facticidad narcisista, imaginaria, de la transferencia que aleja la demanda de la pulsión y por consiguiente del Otro de los medios de goce.

Las incidencias clínicas de esta generalización de la falta de goce ya son legibles, y hemos estado, en nuestro campo, en la vanguardia para comenzar a tomarle medida. Por lo demás no es en sí una constatación normativa pues, de todos modos, sean cuales sean las modalidades del tratamiento de la no relación sexual —y lo que acabamos de recordar es precisamente uno— sólo pueden tener consecuencias clínicas y juzgar su patología no es asunto nuestro, salvo al entrar en la lógica del signo médico. En cambio, hay al menos una vertiente de esta evolución en relación a la cual sólo podemos objetar, y con fuerza: es cuando la lógica de la exclusión del Otro de los medios de goce es una lógica que va a contracorriente de un deseo de saber que vaya más allá “del manual de instrucciones del *prêt-à gozar*”, lo que nos permitirá añadir una pieza más a la denuncia argumentada del nuevo oscurantismo de nuestro tiempo.

*Notas*

1. La petite Girafe, n° 25, ed. Agalma, junio 2007.
2. Cf. Love and Sex with Robots: the Evolution of Human-Robot Relationships, del especialista en IA David Levy, ediciones Harper&Collins.

*Traducción de Catherine Galaman*

*gtdr@easynet.fr*